Su abuelo decoraba fachadas. Pero no estamos hablando de pintura, sino de una técnica ancestral conocida como esgrafiado. Aunque hacía años que se había jubilado, su pasión era tanta que había reconvertido la patatera en un taller en el que pasaba los días experimentando nuevas técnicas y proporciones. Sobre las paredes de aquel mundo cuadriculado seguía disfrutando con la transformación de su simpleza en complejos motivos geométricos, mezclando cal y arena a las que añadía minerales con los que pretendía ampliar los esgrafiados bicolores a toda la paleta cromática. También manipulaba una hormigonera escandalosa capaz de preparar las envueltas que luego aplicaba a las paredes. Tirando con soltura de llana, primero superponía una capa de un color, y una vez seca aplicaba una segunda capa – a veces hasta una tercera – de un color diferente, sobre la que luego rascaba los diseños que diseñaba por las noches en un cuaderno de tapas de hule. Siempre debía picar el esgrafiado de una pared antes de comenzar el nuevo. Saltaba de pared en pared siguiendo el sentido de las agujas del reloj, y tal era su capacidad de producción que a veces nadie, aparte de él, conseguía ver el resultado de sus trabajos antes de ser destruidos. Había en su actitud algo similar a esos monjes tibetanos que confeccionan preciosos mandalas de arena sobre una tabla para luego ser destruidos; de hecho, por el taller rondaba un librito que le había su nieto lleno de mandalas multicolores en el que encontraba inspiración para sus diseños.

El viejo era un investigador autodidacta, un alquimista con el ademán despistado de los genios que disfrutaba con el proceso desnudo de la invención en sí, totalmente despreocupado de su posible utilidad práctica.

Desde muy pequeño, su nieto pasaba las vacaciones de verano en el pueblo, observando cada movimiento de su abuelo a través de unas enormes gafas protectoras de plástico que le obligaba a poner su madre. Apenas entendía lo que le decía porque utilizaba un lenguaje que suponía mágico, salpicado de palabras con la fuerza de los conjuros, como esgrafiado o estarcido, y hasta graciosas como cisquero o muñequilla.

A pesar de su avanzada edad, su presencia seguía siendo imponente, una montaña humana coronada de una mata desmadejada de pelo que recordaba a la nieve perpetua. A veces el viejo asustaba al muchacho, como cuando exclamaba entusiasmado y con su mirada tendente al gesto desorbitado que un día pensaba aplicar esmaltes, como si las paredes fuesen de terracota, y otro día decía que iba a realizar esgrafiados con tantos colores como los mandalas del libro.

Estaba a punto de concluir sus estudios en el instituto cuando su abuelo sufrió el ictus que lo dejó postrado en silla de ruedas. No obstante, ese verano también lo pasó junto al él. Cada mañana, después de desayunar, lo empujaba hasta el mundo en el que seguía siendo feliz con la imaginación, como si su alma pudiese hacer girar la hormigonera, quizá trabajando una nueva combinación de arena, cal y minerales extraños, buscando las condiciones óptimas con las que obtener colores imposibles. Aunque fuese ya sólo una proeza mental, quizá creyese que al seguir sometiendo a la materia sometía a la enfermedad. Sus explicaciones parecían más didácticas y personales. También le contó los detalles de su visita a Valdefuentes y cómo allí conoció al maestro que le inculcó la pasión por el esgrafiado. Su casa era la más bella que jamás haya visto, le dijo sonriendo débilmente, deberías ver qué cenefas, qué modo de resaltar los vanos, qué… También repetía, ya con un hilito de voz, que le gustaría descansar en la caja del arte, si bien nunca le aclaró el significado, como si esa expresión fuese otro de los arcanos de su peculiar jerga.

Volver a visitar el taller sin el personaje central que le insuflaba el hálito vital llenó de vacío el alma del joven. Entre incontables herramientas desperdigadas por el suelo, un taburete levantaba hacia la techumbre de zinc sus patas de madera. La hormigonera reposaba en una esquina, añorando los tiempos en que nunca le faltaba algo que llevarse a la boca. Una araña había aprovechado para tejer encajes entre el volante y la palanca que en algo recordaban a los últimos esgrafiados que había dejado el abuelo sobre las paredes. Había escuchado decir a sus padres que se iban a deshacer de todos esos trastos, y al deslizar su vista sobre aquel mundo tan polvoriento como su artífice sintió una pena inconsolable. Permaneció sentado en el montón de arena, absorto en la urna colocada en un rincón, hasta que el ocaso se descolgó por la claraboya cenital para broncear las paredes interiores de aquel mundo abocado a desaparecer.

Al día siguiente accedió al taller con paso decidido, como si la noche le hubiese dado una orden, y arrancó la hormigonera. Ya no era el niño asombrado de hacía pocos años, sino un joven curioso que recordaba con precisión admirable las enseñanzas de su abuelo. A la finalización de las vacaciones de ese verano ya se había familiarizado con las herramientas y los principios básicos del esgrafiado, pero sobre todo había convencido a sus padres para que le permitiesen conservar aquel universo único.

Ese año lo dedicó a profundizar en su afición. Las palabras que resonaban en su cabeza adquirían un significado menos mágico que el imaginado, pero más satisfactorio, porque ese conocimiento lo aproximaba a la persona que tanto admiró, posiblemente la más feliz que había conocido. Con la conclusión de su primera pared, la que había dejado a medias su abuelo, comprendió que él también quería dedicar su vida a lo que ya no era afición sino pasión. Quería insuflar belleza y vida en las superficies lisas y muertas. Pero conforme se adentraba en aquel mundo sentía que su interés derivaba hacia una faceta diferente a la de su predecesor. Ahora acudía a contemplar embelesado las esculturas a las que nunca antes había prestado atención. Caminaba absorto por las iglesias admirando su imaginario religioso, o visitaba museos para descubrir las obras de los grandes escultores, incluso las cerámicas anónimas que se remontan en el tiempo a los árabes, romanos e incluso a los pueblos iberos autóctonos. Y se preguntaba si él podría amalgamar esos artes y técnicas con su nueva pasión.

Cuando regresó al pueblo resucitó el taller con impulso renovado. Quiso además dar un paso continuación del de su abuelo, porque el joven no se conformaba con experimentar sobre las paredes interiores de aquella antigua patatera, ahora necesitaba conferir significado a la obra y avanzar el proceso de transformación un paso más, hacia una mayor portabilidad y visibilidad. Así fue cómo, sin premeditación, dejándose llevar por la inspiración del momento, comenzó a modelas un objeto de arcilla en medio de la nave, una especie de cubo.

La muchacha había fijado sus ojitos verdes como el óxido de un alambique en el joven espigado de aire místico que visitaba el pueblo todos los veranos, y por eso entabló conversación con la madre de él a la salida de misa.

Entró en el taller una tarde de tormenta, invitada por quien vio en la muchacha el modo de rescatar a su hijo de lo que ya consideraba una obsesión peligrosa, la misma que se había apoderado de su padre. El joven la observó cimbreaba como un junco sobre la bocona de la hormigonera. Ella le preguntó qué fabricaba allí, y en su respuesta imitó a su mentor: que si esgrafiados, terracotas, esmaltes… Quizá ella sintiera la misma fascinación que sintió él durante los veranos de su niñez ante la terminología arcana de aquel mundo bronceado, porque continuó prodigando sus visitas.

- ¿Qué es esto? – preguntó un día, acariciando la estructura central.

El joven permaneció en silencio, contemplando su obra como si no la reconociese.

- Ni yo mismo lo sé – contestó al fin -. ¿A ti qué te parece?

Ella dio dos vueltas lentamente y en silencio alrededor de aquel cubo adornado con dibujos bicolores y geométricos en cada una de sus cuatro caras laterales.

- La caja del arte – dijo ella al fin, con una voz dúctil como el alambrón.

- ¡Eso es!

El muchacho corrió hacia la esquina en la que reposaba la urna con las cenizas de su abuelo y la tomó con ambas manos. Mientras la depositaba en el interior del cubo central, le contaba a la muchacha el extraño deseo de su abuelo poco antes de morir. Esa misma tarde, de modo intuitivo, la chica grabó con un punzón la placa de arcilla que serviría de tapa de la caja del arte, unos motivos que recordaban a los fuegos artificiales, o a las estrellas. El joven reconoció un talento natural para el trabajo fino en aquella delicada mujer, y comprendió que era la culminación de un proceso de refinamiento que comenzaba en su abuelo y terminaba en ella, con él como hilo conductor. Los tres formaban parte de un proceso alquímico que comunicaba el mundo con el espacio, la tierra con el cielo.

En la noche de bodas procedieron a colocar ceremoniosamente la tapa de la caja del arte, porque eso era lo que el joven había construido sin saberlo: el lugar en el que su abuelo quiso descansar. Y allí mismo, con la hormigonera girando como una gramola, giraron ellos también hasta caer para continuar bailando al ritmo de un compás todavía más primitivo.

Sentados sobre un montón de arena, la pareja de viejos contempla expectantes a la niña paseando por entre las esculturas de la próxima exposición. Son famosos por sus esgrafiados cerámicos multicolores que muchos comparan con mandalas en tres dimensiones. El viejo esboza una sonrisa al imaginarla convertida en el broche perfecto, y cuchichea al oído de su mujer:

- Si conseguimos engarzarla al eslabón de mi abuelo podríamos crear nuestra mejor obra de arte, un collar de vidas en lugar de cuentas, luciendo magnífico sobre el escote del tiempo.

Porque para entonces los viejos ya saben que en ese taller no sólo embellecen exteriores sino también interiores, sobre todo los del artista.

El abuelo se acerca hasta la nieta, hechizada frente a una escultura que parece fluir por dentro, le coloca con mimo unas enormes gafas protectoras, y comienza a hablarle del esgrafiado y la muñequilla…